

Eduardo, clases divinas

Dios es buen maestro. Eso dicen los que le conocieron y quienes, aún hoy, aseguran oír su voz a pesar del medio ambiente, el roce de sotanas y la estridencia de manifestaciones que son homilías y viceversa.
POR JAIME PONCELA

La voz de Dios es, al parecer, pedagógica, serena y de argumentario sencillo. Por esta vía pedagógica y existencial ha caminado toda su vida Eduardo Jiménez, el cura de La Asunción, el profesor de Religión del Jovellanos y la Laboral que se acaba de jubilar, el cura catequista y cercano que habla con voz propia haciendo que Dios parezca un paisano, no un tormento.

El padre de Eduardo Jiménez era brigada de la Guardia Civil y se llamaba Pablo, como el cofundador del Cristianismo. Llegó de fuera de Asturias, a Turón, cuando el hoy profesor jubilado era un niño de cuatro años. Creció normal y corriente y se hizo cura en los setenta, en unos tiempos en los que Tarancón estaba a



punto de ser nominado al paredón, el Vaticano II había abierto algunas ventanas en las sentinas eclesiales y Gabino Díaz Merchán predicaba con el ejemplo la reconciliación y el perdón. Eran tiempos del franquismo moribundo y de curas que se aventuraban por el camino de la clase obrera, trabajando en talleres y carbonerías o dando clase. Vestían jerséis de lana gorda y cuello redondo, fumaban Ducados y se jugaban el tipo frecuentando a tiempo parcial sacristías parroquiales y comisiones obreras.

Eduardo Jiménez optó por la pastoral de la educación, aunque ha confesado que lo hizo sin demasiada confianza en sus propias facultades y que quería ser cura rural. El tiempo ha demostrado que se equivocaba. Sus ex alumnos dan fe de su capacidad pedagógica para transmitir a un Dios de lo normal, lo cotidiano, lo simple y lo complejo, lo masculino y lo femenino, en el que el perdón pesa más que el pecado y el diálogo es más rentable que el monólogo.

Aprendió que la teología de pata negra era la de las parábolas, la que explica a la gente las cosas normales hablando su propio idioma. Aprendió de Dios que no hay peor maestro que el que no se sabe sus propias lecciones y proclama aquello de «haced lo que os digo, pero no hagáis lo que hago». El cura Eduardo pasó dos años con los jesuitas. El ordenado ejército de San Ignacio le enseñó a vivir de manera estricta, ordenada, discreta, organizada y cerca de la gente sin hacer de ello alarde alguno.

«Yo llamo a Eduardo y ya sé que voy a hablar con un cura, pero sé que él me escucha como un amigo, como un paisano». La frase es de un conocido gijonés que suele tomar alguna caña con el cura Eduardo y resume con certeza un talante personal que se desvela en cada catequesis parroquial que encandila a los niños, en cada homilía dominical que siempre deja algo que pensar... Eduardo es delegado sindical, ha defendido la dignidad de los profesores de Religión y ha sabido estar casi 40 años en su puesto, en la enseñanza pública, templando las armas con las que salieron a la vida miles de jóvenes y explicando que, ante todo, el cristianismo es honradez, decencia, respeto, y que vivir con arreglo a esas normas nunca sobra, aunque la fe sea un vaivén misterioso.

En estos tiempos de eclesiásticos asilvestrados desde su púlpitos-mitín, de ideologías podridas bajo un lecho de aparente progresía, de anticlericalismo de salón, de avisos de excomunión, de una espiritualidad que se entenece con las cuitas de Belén Esteban, hay curas como Eduardo que siguen prensando que la causa del género humano no está perdida y que Dios es un maestro de clases divinas que nunca se jubilará.